

LA PERSISTENCIA DE LA IMAGEN
POEMAS EN PROSA DE HUGO VILLAR
(EDICIONES INUBICALISTAS, VALPARAÍSO, 2021, 72 PÁGINAS)

Por Bernardo González Koppmann

*Despierto teniendo en mis manos hierbas y tierra
de un lugar donde nunca estuve.*
Jorge Teillier

Siempre he considerado la poesía como una conversación íntima con los seres y las cosas, en especial cuando nos acercamos respetuosamente al asunto que nos interesa y, así, podemos enfocar bien el tema o leitmotiv para no perdernos el más mínimo detalle del asunto en cuestión, como en este caso donde el poeta Hugo Villar (Talca, 1981) asedia el tópico del cine desde su personal punto de vista. Para tal propósito Villar usa un acabado lenguaje técnico y contundente formación filmográfica, desde el cine mudo hasta el drone, por lo cual hace síntesis acabadas y rotundas de distintas épocas, películas y actores elaborando hermosas imágenes poéticas.

Así, en la primera parte —“Crímenes/Ficciones/Tributos”— desmenuza escenas de alto impacto emotivo, en particular del cine alternativo, echando mano a pasajes casi truculentos de películas como “Toro salvaje”, “Calles peligrosas”, “Stroszek”, “Nueve semanas y media”, “Apocalipsis ahora” y otras obras que responden a un cierto realismo sucio, acciones que extrapola e intenta replicar o reeditar en los barrios marginales y las calles más céntricas o históricas de Talca, donde seres elementales deambulan a la que te criaste.

En “Guiones perdidos” —segunda parte del libro— el autor hace un descarnado acercamiento a dos territorios emblemáticos de Talca: el balneario del río Claro y la feria de las pulgas. Para ello el poeta Villar utiliza registros fotográficos en sepia, drone y el conocimiento empírico del lugar de los hechos. En ambos textos denota un profundo conocimiento de su pueblo, del alma popular que trajina entre la multitud buscado solaz y esparcimiento, cuando no un cachureo

que ilumine el hogar o el simple sucucho. Además del acertado tratamiento literario, utiliza un lenguaje que se pasea por “verbos, neologismos, adjetivos, coas, chilenismos, extranjerismos y groserías que rebotan en la atmósfera” (p. 33), logrando un retrato más que correcto de la raíz popular del ethos talquino. Indudablemente el talento poético de Hugo Villar en este libro surge en cualquier párrafo a raudales, en una lírica personalísima —mezcla rara de lenguaje cinéfilo y habla de la tribu maulina— con la que va elaborando axiomas, soliloquios y silogismos de alto calibre. Su estilo es de un extraño larismo ciudadano, donde incorpora las ruinas de una cultura pop sobre la identidad local que resiste y persiste con sus toponimias y locaciones simbólicas.

En el tercer apartado —La persistencia de la imagen— encontramos ocho textos harto reflexivos sobre las resonancias que dejan las imágenes en la siquis de los espectadores, o sea, las interpretaciones que se siguen haciendo después que termina la película, incluso de pequeños detalles minimalistas que podrían pasar desapercibidos para cualquier mortal. El tono o temple de ánimo de la obra es un tanto nostálgico, escéptico, diríase francamente nihilista. “Somos como un documental mal hecho, esperando salir vivos de una pandemia” (p. 44). Guardando las proporciones, podríamos hacer un lejano paralelo entre las poéticas de Hugo Villar y Andréi Tarkovski. Así como, transversalmente, en el cine del director ruso se trasluce el absurdo de vivir al borde de un conflicto nuclear, en el contexto de la Guerra Fría, inmersos en un existencialismo más introspectivo que ortodoxo, en la poesía del poeta maulino también se despliega una mirada escéptica sobre el devenir posmoderno que pasa a todo galope por el territorio. Sin embargo, se desprende de los versos de Villar —no así en la propuesta de Tarkovski, o tal vez más mitigada— una cierta violencia existente en Talca provocada por las asimetrías culturales entre las distintas clases sociales, tribus urbanas o grupos étnicos que se reconocen pero no se saludan. “La historia se come a sí misma todo el día, sin importarle su pasado” (p. 51). No obstante esperamos, “tomando en cuenta los últimos sucesos”, que se produzca un cambio de paradigma en nuestra sociedad, en nuestra historia presente y futura, y volvamos a cohabitar en un país de hermanos hecho a escala humana.

El último capítulo del libro se llama “El actor B”, y en él se trasuntan las pellejerías del chileno medio que, como el malo de la película, debe soportar una realidad dura y asfixiante: “A veces simplemente se hace necesario apretar los dientes, levantar la cabeza y seguir caminando, escuchando sin poner mucha atención en el desconcierto de nuestras vidas” (p. 52). El actor B es el “hablante cuático” quien, a manera de símbolo de la decadencia, nos revela a un habitante desencantado de su rol social, al borde mismo de la decepción, atomizado, desorganizado, luchando solo contra un mundo que se lo traga irremediamente. Desde mi óptica de lector estimo que dichos padecimientos son, sin embargo, apenas los dolores de un parto prematuro, complicado sí, pero que darán a luz otra sociedad más empática e inclusiva, indicios de un nuevo tiempo o época donde las inquietudes y utopías de la ciudadanía no quedarán relegadas a escenas escabrosas y de mal gusto. No hay mal que dure cien años... decía don Gilberto, un buen vecino que ya descansa en paz.

Entre las posibilidades que nos ofrece la literatura se halla, sin duda, la facultad de poder fantasear sobre aquellas ficciones donde, a veces, nos encontramos con nuestro alter ego, o con aquel personaje que alguna vez quisimos ser o representar. En este viaje por la vida en búsqueda de la esquivada plenitud, templanza o sabiduría que nos otorga el arte, disfrutar ejercicios como leer “La persistencia de la imagen” es un buen aporte porque viene a estimular la memoria emotiva y colectiva, además nos permite explorar una cierta identidad metamorfoseada por la grotesca globalización neoliberal que tanto hemos padecido como pueblo — saqueo a mano armada—, al parecer ciclo nefasto ahora en retirada, cosa impensada hace tan sólo un par de años atrás, lo cual nos abre grandes perspectivas para seguir añadiendo una que otra locura a esta pasión de vivir inmersos en la poesía: “¡Qué maravillosa destrucción!, el génesis de la belleza” (p.51). Esa actitud, un tanto rebelde si se quiere, de respirar el cielo en cada herida, en cada silencio, en cada gesto, tanto más digna cuanto más genuina y espontánea, nos confirma a Hugo Villar como un juglar contemporáneo imprescindible a la hora de poner en valor la cultura maulina.

Talca-Chonchi, 24 de enero de 2022